

de la conducta conveniente á vuestra dignidad y carácter. Sin embargo, os recomendamos que, á donde quiera que seáis llevados, deis á conocer, por vuestro modo de vivir, el dolor que necesariamente os debe causar el ver la Iglesia entregada á tan terribles y deplorables calamidades y el contemplar á su Gefe como un prisionero. Entregamos al cardenal decano del Sacro Colegio un pliego escrito enteramente de nuestro puño, y que contiene ciertas instrucciones que os serán comunicadas por dicho Emmo. señor, para que os sirvan de norma y de regla. No dudamos que os mostrareis fieles á los juramentos que hicisteis al ser promovidos al cardenalato, y que constantemente aparecereis como celosos defensores de los derechos de la Santa Sede. Os recomendamos espresamente que no os presteis á ninguna estipulación de tratado, ni sobre lo espiritual, ni sobre lo temporal, porque tal es sobre este particular nuestra voluntad decidida y absoluta. Estas palabras conmovieron á los cardenales: muchos de ellos no pudieron contener el llanto, y todos prometieron fidelidad y obediencia á las palabras de Pio VII.

En seguida el Pontífice siguió hablando con los cardenales con la misma serenidad, y hasta con aquel antiguo aire de alegría que Dios se había dignado concederle otra vez, y que sin duda renacia con la justa esperanza de recobrar su libertad.

Acompañado de todos los cardenales pasó á la capilla á hacer una breve oracion, bendijo al pueblo reunido, bajó al patio, y en medio de los sollozos de tantas personas, que no podian menos de preguntarse cuál sería el destino que le estaba reservado, subió con Bertazzoli al coche preparado para él. En las instrucciones dejadas al decano se calculaban todos los casos que podian ocurrir, y cada cardenal veía trazada terminantemente su conducta, y no podia separarse de las prevenciones que se le hacian.

Los cardenales Mattei, Dugnani, Della Sogliaccia y Pacca partieron juntos el primer dia, y los demas los dias siguientes.

Entretanto el Papa había sido conducido á Motte-Beuvron, á Brives, á Montauban y á Castelnaudary. En este punto solicitaron muchas señoras serle presentadas, y á una de ellas dió el coronel Lagorse un bofetón para separarla (1). Al pasar el Papa el Ródano por el puente de barca de Beaucaire á Tarascon, se reunieron los habitantes de estas dos poblaciones para darle testimonio de la mas tierna veneracion (2). No se oian mas que aclamaciones de alegría, aplausos y felicitaciones. El coronel Lagorse preguntó á aquella gente, «¿qué hariais, pues, si pasara el emperador?» y el pueblo respondió: «Le dariamos de beber.» Esto podia hacer preveer lo que sucederia posteriormente en Orgeon. Habiéndose mostrado encolerizado el coronel por esta contestacion, uno de los de la turba le gritó: «Coronel, ¿tendreis acaso sed?» Esto indicaba cuán ardientes eran las disposiciones de los pueblos del Mediodia de Francia. El grande interés católico que Napoleon había fortificado con sus persecuciones, se convirtió en germen del movimiento realista que debía dar el último golpe á su poder (3). Pio VII respondia siempre que no debian abandonarse á exasperaciones, y mas de una vez repitió las palabras que anteriormente había dicho: «ánimo y oracion (4).»

Bonaparte sufría cada vez nuevos desastres en la guerra. A pesar de sus esfuerzos, la Francia se veía invadida y la capital estaba á punto de ser atacada; mientras tanto Pio VII proseguía su viaje triunfal. Sin embargo, aun debía sufrir algun retraso. En

(1) Mem. del card. Pacca, t. 2, p. 197.

(2) Ibid. p. 199.

(3) Artaud, Hist. del Papa Pio VII, t. 2, p. 348.

(4) Ibid. p. 353-355.

Paris se había consumado una inmensa revolución á consecuencia de la ocupacion armada de esta ciudad. El gobierno provisional espidió el 2 de abril el siguiente decreto: «Habiendo sabido con dolor el gobierno provisional los obstáculos que se han presentado para el regreso del Papa á sus Estados, y deplorando la serie de ultrages que Napoleon Bonaparte ha hecho sufrir á Su Santidad, manda que cese en el acto cualquier impedimento que haya para su viaje, y que por todas partes se le hagan los honores que le son debidos. Las autoridades civiles y militares quedan encargadas de la ejecucion del presente decreto.» Este documento estaba sellado con las armas del príncipe de Benevento, y firmado por este, por el duque de Dalberg, por el general conde Beurnonville, por el marqués de Jaucourt, y por el abate de Montesquiou.

El virey trató á Pio VII con gran respeto, y le facilitó medios para trasladarse á Parma, desde donde pasó á Cesena. Aquí fué donde el Papa dió una nueva prueba de la belleza y generosidad de su alma. El rey Joaquin Murat pidió ser admitido á ofrecer sus respetos á Pio VII, y en el acto se le concedió audiencia. Despues de los primeros cumplimientos, Joaquin dió á entender que ignoraba el objeto del viaje del Papa. «Pues vamos á Roma,» le dijo Pio VII; ¿podeis ignorarlo?—«¿Cómo se determina vuestra Santidad á ir de este modo á Roma?»—«Me parece que no hay cosa mas natural.»—«Pero ¿quiere ir allí vuestra Santidad á pesar de los romanos?»—«No os entendemos.»—«Varios magnates de Roma y algunos ricos particulares de la ciudad me han rogado dirija á las potencias extranjeras una Memoria firmada por ellos en la que piden no ser gobernados en adelante sino por un príncipe seglar. Hé aqui esa Memoria. He enviado á Viena una copia de ella, y he conservado el original que es este que pre-

sento á vuestra Santidad para que vea las firmas.» A estas palabras el Papa tomó de manos de Joaquin la Memoria que este le presentaba, y sin leerla, sin mirarla siquiera, la arrojó al fuego de un brasero que estaba inmediato y que la devoró en un instante, y prosiguió diciendo: «Ahora sí, ¿no es verdad? Ahora sí que sin obstáculo ninguno podemos ir á Roma.» En seguida sin mal humor, sin un gesto de cólera, ni una palabra insultante, despidió al que desde Nápoles había enviado en 1809 tropas para facilitar su rapto. Este rasgo de cristiano, de soberano piadoso, de político, si así se quiere, este rasgo improvisado, sin ningun movimiento de orgullosa ostentacion, y referido por el mismo Joaquin; este perdón tan prontamente otorgado al mas peligroso de sus súbditos, y la sencillez de las consecuencias que el Pontífice sacó de él para su fácil regreso á Roma, asombraron á Joaquin, que no estaba enteramente desinteresado en el asunto, si es cierto, como se ha dicho, que él mismo había solicitado las firmas que figuraban en la Memoria, y en vista de esto no se atrevió á poner ningun óbice al viaje triunfal del Papa.

Pio VII escribió el 30 de abril desde Cesena á Luis XVIII (1). Despues de las felicitaciones le decia: «El obispo de Troyes, conocido por su piedad, está espresamente encargado de dar á conocer por nuestra parte á V. M. las heridas que en la constitucion del senado se han causado á la Religion y á la Iglesia... Señor, los reinos de la tierra son pasajeros (transituri), el único estable es el reino de los cielos. Os rogamos, pues, que abrais mucho los ojos antes de firmar semejante constitucion... Despues de haberos recomendado los intereses de la Religion, nos creemos

(1) Artaud, Hist. del Papa Pio VII, t. 2, p. 356.

obligados á recomendaros los Estados de la Iglesia. Lo que pertenece al César sea del César, y lo que pertenece á Dios sea de Dios. Las altas potencias alia-las, con aprobacion del mundo entero, parecen animadas de este espíritu, y de ellas esperamos recobrar nuestros Estados, á pesar de los obstáculos que podrá suscitar el que ocupa en este momento nuestra capital y la mayor parte de nuestros antiguos dominios (Joaquin). El Papa, en una postdata de su propia letra reclama los archivos arrebatados de Roma, cuya restitucion, asi como la de la tiara y del anillo del Pescador, estaba ya mandada hacer por el conde de Artois.

Con los Borbones volvieron los preladados que no habian querido tomar parte en el concordato de 1801; casi todos habian residido en Inglaterra y eran catorce. Su regreso á Francia no produjo ninguna alteracion en el curso de los asuntos eclesiásticos (1); pues aun que ellos seguian considerándose como legítimos titulares de sus sedes, se abstuvieron del ejercicio de la jurisdiccion que el Papa habia prohibido por la bula *Qui Christi Domini*, y dejaron á los nuevos obispos en posesion de la administracion espiritual.

Pio VII llegó el 12 de mayo á Ancona y fué recibido con indecibles trasportes de júbilo (2). Una multitud de marineros uniformemente vestidos desengancharon los caballos de su coche, y atándolo con cordones de seda encarnados y amarillos lo condujeron dando estrepitosas exclamaciones de alegría y oyéndose continuamente el estruendo de las salvas de la artillería de la plaza y el repique general de todas las campanas. Su Santidad se apeó

(1) *Mem. para la hist. ecles. del siglo XVIII*, t. 3, pág. 612.

(2) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 356-358.

del carruaje en la plaza de San Agustin: dió la bendiccion desde un arco triunfal, pasó á la lonja del comercio, donde bendijo el mar, y desde allí pasó á alojarse al palacio Pichi. El 13 coronó en la catedral la imágen de la Virgen Santísima bajo el título de *Regina Sanctorum omnium*. El 14 partió para Osimo, escoltado por una guardia de honor vestida de encarnado, que le acompañó hasta Loreto. En su viaje mandó que se dispensara un buen recibimiento á madama Leticia, que venia á pedir un asilo en Roma, y al cardenal Fesch, á quien trató con una bondad particular. Asi que supo el Papa que este cardenal solicitaba verle, dijo: «Que venga, que venga; aun nos parece que estamos viendo correr hácia nosotros á sus vicarios generales en Grenoble: Pio VII no puede olvidar el tono valeroso con que prestaron el juramento prescripto por Pio IV.»

Los comisionados pontificios se presentaron á tomar posesion de Roma. El mayordomo Naro encontró en los aposentos del Papa en el Vaticano un depósito de objetos del mayor valor, pues contenia todos los ornamentos pontificales recamados de pedrería, y además una suma en monedas de oro que podia ser calculada en treinta mil escudos, que fué ocultada allí en 1809 cuando se temia que el Papa fuese trasladado del Monte-Cavallo al Vaticano. Bien conocian algunas personas religiosas este depósito; pero se habian guardado de hablar de él.

En 20 de mayo Pio VII envió á Paris al cardenal Consalvi portador de un breve que le acreditaba cerca de Luis XVIII. En otro breve del mismo dia, el Papa reclamaba contra el tratado de Tolentino. Casi en el mismo instante el principe de Benevento escribia al cardenal Consalvi, hablándole del rey Luis XVIII, devuelto como Pio VII, despues de largas pruebas, á los votos de sus súbditos. Luis tenia la intencion de mantener las relaciones amistosas que habian constantement

subsistido entre los reyes sus antecesores y la Santa Sede.

En una casa de campo llamada la Justiniana, á ocho millas de Roma, encontró Pio VII al rey de España Carlos IV, á su esposa la reina María Luisa, con su hija la reina de Etruria, el infante don Luis, llamado entonces rey de Etruria, y la duquesa de Chablais. Todas estas personas Reales habitaban en Roma desde las revoluciones políticas que les habian hecho salir de sus Estados (1).

En 24 de mayo Pio VII hizo su entrada solemne en Roma llevando al vidrio del coche al cardenal Mattei, decano del Sacro Colegio, y al cardenal Pacca, que juntamente con él habia sido arrebatado de Monte-Cavallo (2). Algunos malignos observaron que el general que mandaba la escolta triunfal era el mismo Pignatelli Cerchiara, que habia estado al frente de las tropas puestas en batalla en la plaza del Quirinal, en el momento de la expedicion del general Radet. En Roma no faltaban hombres asociados á la causa de los franceses, ó comprometidos por otras causas que andaban vacilando, y mostraban disposiciones bastante dudosas; mas al oír contar á un prelado los pormenores del acontecimiento de Cesena, uniéronse todos los ánimos para asegurar al Pontífice un recibimiento que manifestara afecto, ternura y gratitud.

¿Cuáles deberian ser las emociones de Pio VII al verse trasportado, como por un prodigio, á su capital y al mismo palacio de donde hacia mas de cinco años habia sido arancado? ¿Qué fervorosa no debió ser su oracion, cuando puesto de rodillas en San Pedro pudo dar gracias á Dios de su glorioso regreso; regreso bien diferente por cierto del de 16 de mayo de 1805? Muchas veces hizo men-

(1) *Mem. del card. Pacca*, t. 2, p. 237.

(2) Artaud, *Hist. del Papa Pio VII*, t. 2, p. 359-363.

cion el mismo Papa de las lágrimas que derramó al ver la puerta del palacio delante de la que dió la bendiccion á Roma al partir; el *cortile* ó pórtico que recorrió escoltado por la gendarmería y conmovido con los sollozos de sus servidores; la escalera por donde bajó al través de las puertas y ventanas despedazadas; la galería en que su guardia habia sido desarmada, por haberla prohibido oponer ninguna resistencia; el salon de audiencia donde dirigió al general aquella interpelacion tan noble; en fin, su modesta cámara, con el lecho sin pabellones ni cortinas y que le pareció al Papa demasiado magníficamente adornado para él. Al dia siguiente se supo que uno de los señores que habian puesto su consentimiento en la Memoria de Joaquin habia pedido perdón al Papa, y este le habia respondido: «¿Pues qué! ¿os imaginais que Nos no tenemos tambien alguna falta que echarnos en cara? Olvidémonos, pues, unos y otros de todo lo pasado.» Estas palabras difundieron la alegría en todo el Estado.

Los milagrosos acaecimientos de Paris destruyeron el poder de Napoleon: ya estaba encerrado en la isla de Elba y sus nuevos súbditos se hallaban en comunicacion casi continua con los del Papa en Civita-Vechia.

Nacido Napoleon en una isla despreciada de la nacion francesa, á la que pertenecia, era en 1794 oficial de artillería, y su nombre no era conocido aun fuera de Francia (1). En el breve intervalo de diez años, á fines de 1804 despues de haber llenado con su nombre y su gloria casi toda la tierra, y visitado personalmente el África y Asia, se hallaba en Paris con una comitiva de reyes y principes poderosos, y consagrado emperador de los franceses por el Soberano Pontífice. Algunas semanas despues, dejando el modesto título de pre-

(1) *Mem. del cardenal Pacca*, t. 2, p. 245-246.

sidente de la república italiana, tomó el dictado de rey de Italia, á pesar de los juramentos de odio á la monarquía que algunos años antes habia hecho á los italianos. En sus empresas militares ó políticas, no hallaba obstáculo ni resistencia, y la Europa enmudecía realmente en su presencia. Desde entonces hasta la época á que nos referimos, habian trascurrido otros diez años. En este período habia llegado á nuevas grandezas, casándose con una archiduchesa de Austria, hija de tantos emperadores y emparentada con todas las familias reinantes de Europa: además Napoleon habia colocado á sus hermanos y hermanas en diversos tronos. Mas á la sazón habia caído ya precipitado del suyo, y se hallaba prisionero en la isla de Elba, cuya soberanía le dejaban como por sarcasmo, despues de haberle hecho descender desde tan alto á una condicion semejante á la de los reyezuelos de Itaca, Scio y otras pequeñas islas célebres por haber sido nombradas por Homero.

Mucho se ha escrito y razonado sobre las causas de la elevacion rápida y prodigiosa de Napoleon á la cumbre de la grandeza, asi como sobre su caída no menos rápida, ni menos extraordinaria; mas sin tener que recurrir á razones políticas, ni á conjeturas de la prudencia humana, engañosas las mas de las veces, encontraremos en las divinas Escrituras, allí donde se habla de la fundacion y ruina de los reinos y de los imperios, la explicacion y la causa de los grandes sucesos de que hemos sido testigos (1). Preciso es levantar mas alto la vista para comprenderlos bien. Dios quiso hacer sentir el peso de su mano á muchas naciones de la Europa, y con este objeto escogió á Napoleon por ministro de sus justas venganzas. Apenas se presentó este hombre al frente de los ejércitos franceses,

(1) Memorias del card. Pacca, t. 2, p. 249-251.

cuando pareció que por lo tocante á él se verificaba la célebre profecía de Isaías, como en otro tiempo se habia verificado respecto de Ciro, á quien fué dirigida en aquellos términos memorables puestos en la boca de Dios: *Apprehendi dexteram ejus ut subjiciam ante faciem ejus gentes, et dorsa regum vertam; et aperiam coram eo januas, et portae non claudentur. Ego ante te ibo, et gloriosos terrae humiliabo: portas aereas conteram, et vectes ferreos confringam* (1). El mismo Bonaparte conoció que el inmenso resultado de sus empresas militares y de sus negociaciones políticas era una cosa casi fuera del órden natural, y en uno de esos arranques de orgullo, tan frecuentes en los que todo lo ven prosperar y salir á medida de sus deseos, dijo cierto día, siendo todavia primer cónsul, que la Providencia le habia destinado á restablecer el órden sobre la tierra. Y efectivamente, hubo un tiempo, nótese que no hablamos sino de cosas relativas á la Religion, en que pudo hacer mucho bien. Si despues de haber imitado al gran Ciro en el restablecimiento de los altares, se hubiese realmente mostrado como protector de la Iglesia, segun lo habia prometido desde el principio de su consulado; si hubiera devuelto á la Santa Sede los dominios usurpados, y hecho respetar en Europa el poder del Soberano Pontífice, habria entonces hecho revivir para la Iglesia las florecientes épocas de los Constantinos, de los Teodosios y Carlo-Magnos, y habria merecido y obtenido de la generosidad y gratitud del Papa el insigne honor de ser el tercer monarca católico, á quien se hubiera erigido una estatua en el magestuoso edificio de la basílica del Vaticano, no lejos y acaso en medio de las de Constantino y de Carlo-Magno. Pero en vez de seguir los gloriosos ejemplos de estos dos gran-

(1) Isaías, cap. 45, v. 1 y 2.

des monarcas, protegiendo á la Santa Sede y al Soberano Pontífice, se convirtió en opresor suyo; y asi, á pesar de todas las bajas é indecorosas adulaciones que durante sus triunfos le fueron prodigadas por sus partidarios, hasta por individuos del clero de Francia é Italia, figurará en la historia como uno de los perseguidores de la Iglesia romana. Por último, llegó el tiempo marcado por la Providencia para dar la paz á la Europa cansada, y el Señor rompió la vara de que se habia valido para castigar á los pueblos, con la misma facilidad con que la habia hecho nacer.

Entretanto el Santo Padre iba restableciendo poco á poco su autoridad directa en los países que ocupaban las tropas de Murat; pero los austriacos continuaban guardando en calidad de depósito las Legaciones abandonadas por Eugenio. Este príncipe tenia órden de Napoleon de concentrar su ejército cerca de Milan, y posteriormente hizo un tratado particular (1).

El cardenal Consalvi, secretario de Estado, tenia la comision de residir cerca de los soberanos que habian entrado en Paris, y el cardenal Pacca desempeñaba las funciones de pro-secretario de Estado. Al prelado Della Genga se le dió el especial encargo de pasar á complimentar á Luis XVIII, que acababa de llegar á su capital, y este príncipe envió á Roma una embajada extraordinaria, cuyo jefe era Cortois de Pressigny, antiguo obispo de Saint-Maló. Por mediacion de esta embajada manifestó Radet deseos de volver á Roma con objeto de ver una finca que habia comprado, perteneciente á los religiosos dominicos. El gobierno de Luis XVIII mandó que la peticion de este general pasara al cardenal Pacca, pro-secretario de Estado; mas este rogó al emba-

(1) Artaud, *Historia del Papa Pio VII*, t. 2, p. 363-365.

jador retirase la nota, diciéndole que jamás un ministro de Pio VII se atreveria á presentarle semejante peticion, por temor de despertar recuerdos que convenia absolutamente olvidar. Radet no pudo pues conseguir el favor de volver á Roma. Por lo demás este general estaba de tan buena fé cuando decia haber tratado bien á Pio VII, que él mismo mandó pintar un lienzo representando la marcha del Pontífice, y al general encargado de llevarsele, en actitud del mas profundo respeto.

Las instrucciones dadas por Talleyrand al obispo de Saint-Maló, al dar á conocer lo que este embajador debia pedir á la Santa Sede, presentan bajo un punto de vista que importa mucho fijar los hechos que acabamos de ver desenvolverse. «El Papa que de nuevo entra hoy en todo el lleno de su autoridad, decia el ministro de negocios extranjeros, no ha gozado nunca de toda la plenitud de ella. Las tempestades de la Iglesia principiaron en tiempo de su antecesor, y ambas potestades se veian amenazadas. Bonaparte, ensayando los atentados que posteriormente iba á consumir contra la Santa Sede, ocupó militarmente las tres Legaciones de Bolonia, Ferrara y Ravena, y Pio VI se vió reducido á tener que consentir el tratado de Tolentino, que le despojaba de su soberanía. Desde la firma de aquel acto la Santa Sede ya no ha tenido libertad. De allí á poco fueron invadidos los Estados romanos: el gobierno pontificio fué derribado, y en su lugar se organizó una república que duró pocos meses. Pio VI, arrebatado de su palacio, cambio varias veces de destierro, y murió durante la persecucion. Su sucesor, el Papa actual, fué nombrado lejos de Roma. La Santa Sede no tenia ningun territorio cuando ocurrió el cónclave de Venecia, y al ser colocado en la antigua capital por los azares de la guerra, rodeado por de pronto de tropas estranje-

»ras, teniendo que reconquistar por todas partes la autoridad, encadenado en sus actos por las trabas puestas, particularmente en Francia, á la Religión y al culto, todos sus pasos dados cerca de Napoleon, que posteriormente se hizo gefe supremo de Francia, presentaron un carácter de timidez que revelaba la deplorable situación en que se encontraba el soberano de Roma. Si la independencia debe ser el primer sello de la soberanía; si entra en el interés de los pueblos, así como en los derechos de los príncipes, que todos los contratos sean hechos voluntariamente, ¿de qué alta importancia no será la absoluta libertad de los actos emanados de la Santa Sede? ¿Puede la paz de las conciencias ser dada por la fuerza? La opinión no se somete á ella. Los actos forzados en materia de Religión producen disturbios y no deciden ninguna cuestión.

»Bonaparte, al elevarse al consulado, que quería servirse, para la consolidación de su poder, de la autoridad del Papa, que acababa de ascender al pontificado y aun no había entrado en Roma. Para impelerle á un arreglo por motivos que pudiesen mover á Su Santidad, le hizo temer que la degradación del culto y los males de la Iglesia llegarían á ser irreparables, si no se restablecían los lazos de la Francia y del Papa por medio de un concordato. Hizole ver, como otras tantas concesiones que estaba pronto á hacer en obsequio de la Santa Sede, algunas libertades religiosas, que la opinión de toda la Francia reclamaba imperiosamente y á las que no podía negarse sin propio peligro; y en cambio de estos aparentes sacrificios obligó al Papa á prestarle apoyo y á imponer oraciones á los fieles y juramentos á los obispos para el sostenimiento de su autoridad. Esta obra de la fuerza alentó á Bonaparte, y pensó que el Papa, no habiendo resistido á ella, cedería también á otros ac-

»tos. Los actos que no había llegado á hacer insertar en el concordato, fueron relegados á unas leyes orgánicas, hechas y publicadas sin intervención de la Santa Sede; y aunque el Papa las declaró contrarias á la libertad, y hasta á los mismos principios del culto, no por eso dejaron de ser mantenidas en vigor. Las mismas maniobras y el mismo predominio produjeron un concordato entre la Santa Sede y el reino de Italia, del cual Bonaparte era también el gefe; y cuando hubo arrancado este nuevo acto, con el que procuraba realzar su poder, abusó de su ventajosa situación para añadir á él nuevas leyes orgánicas mas contrarias á las miras de Su Santidad y que escitaron de parte del Papa quejas tan vivas como estériles. Tal fué el efecto de las primeras violencias, y tal el ascendiente del que las había impuesto, que cuando Bonaparte, no creyéndose aun revestido de un título bastante imponente, aspiró al imperio, y quiso sustituir á los derechos que le faltaban una autoridad que la Europa pudiese respetar, reclamó el concurso del Santo Padre, y abusando de su falta de libertad, le redujo á pasar á París para la ceremonia de la consagración. Haciéndose proclamar emperador Napoleon Bonaparte restauraba sin saberlo, obrando por un secreto impulso de la Providencia, el trono que andando el tiempo debía devolver á la casa Real. Bajo el título de *emperador*, desconocido hasta entonces en Francia, quedaba colocado fuera de la línea de nuestros reyes, aun apoderándose de su autoridad, y se reconoció en él menos al soberano que al general en el rango á que él se elevaba, y que venía á ser para él, como en otras ocasiones se había visto el ejemplo, el primer grado de la autoridad militar. Con efecto, desde aquel momento no se portó con la Santa Sede mas que como el gefe de un ejército....

»Quería destruir la soberanía de la Santa

»Sede, aunque conocía que la opinión no está acostumbrada á ver esa privación de la autoridad pontificia y no separa bastante las dos potestades para dejar de creer que se prestan un mútuo apoyo. Este proyecto de invadirlo todo no había sido formalmente anunciado; mas Napoleon declaraba considerar ya los Estados romanos como una dependencia del imperio que pretendía establecer sobre gran parte de Europa; pero que no teniendo base ni en la conformidad de costumbres, ni en la de intereses, ni en el afecto de los pueblos, debía desmoronarse y sepultarle en su ruina...

»Napoleon logró arrancar á aquel agosto cautivo un convenio que había de servir de base á un arreglo definitivo; pero la fecha y el lugar de este contrato lo hacían nulo. Solo por consideración al estado en que se hallaba entonces la Iglesia, se prestó el Papa á firmar aquel tratado. No tardó en conocer que ni siquiera se tomaban la atención de cumplir las condiciones que en su favor se habían estipulado, y el acto no tuvo validez ni produjo resultados.

»Un segundo año de reveses forzó á Napoleon á dirigirse otra vez al Santo Padre: engañado por el abuso de la fuerza intentó otros caminos. Las persecuciones tomaron un término, y Su Santidad pudo ponerse en camino para regresar á sus Estados; pero esta tardía expiación fué sin fruto para su autor. La Providencia preparaba el restablecimiento del Papa por otros medios, y volvía á poner el cetro de Francia en manos de sus antiguos soberanos.

»Esta serie de hechos y observaciones demuestra que todos los actos obtenidos de la Santa Sede por el anterior gobierno han sido obra de la violencia. Restablecido en su poder y en su influencia sobre el mundo cristiano, es de presumir que el Santo Padre no querrá sostener lo que ha sido hecho bajo el

»imperio de la astucia y de la fuerza. La necesidad de las circunstancias no es ya la misma para él, y los actos que servirán de base á sus relaciones con la autoridad Real no deben de llevar el sello de las violencias que contra él había cometido el gobierno anterior...

»El punto de donde el embajador debe partir, que es, siendo la invasión de los franceses en 1797 en los Estados del Papa el origen de todas las violencias que se han cometido posteriormente, y habiendo hecho caer este antemural de respeto en que consistía su primera defensa, todo desde aquella época debe ser revisado y reparado. Esa fecha, anterior al pontificado de Pio VII, es la que es preciso recordar en todas las discusiones con la Santa Sede. De este modo no se imputarán al Papa actual esos principios de sujeción y dependencia. El Pontífice no se verá tan embarazado de sus propias debilidades, pues las verá dimanar de circunstancias ajenas á su administración, y así sin contradecirse podrá hacer entrar á sus ministros en las antiguas relaciones... La Iglesia gálica espera la revisión del concordato y de todos los actos desde 1797, y todos los obispos, los antiguos, los modernos y los de todas fechas, la reclaman. Conviene, pues, que este retroceso á los principios sea inmediato, y que no quede en vigor ninguno acto, ninguna fórmula que retarde y contraría la ceremonia de la consagración en la metrópoli de Reims.

»Desechar el concordato de Fontainebleau era cosa razonable, y tanto mas fácil cuanto que entonces el mismo Bertazzoli lo desaprobaba; pero era mas difícil destruir el concordato de 1801. Consalvi, que despues de haber ido á dar gracias al ministerio de la Gran Bretaña por la parte que había tomado en los infortunios de la Santa Sede, iba á volver á Francia, escribió á Pio VII diciéndole que contemporizara,